

Roxana Aguirre

*Casado
con mi
secretaria*



Nova Casa Editorial



Índice

CAP. 1 PÁG. 7	CAP. 19 PÁG. 133	CAP. 37 PÁG. 241
CAP. 2 PÁG. 13	CAP. 20 PÁG. 143	CAP. 38 PÁG. 249
CAP. 3 PÁG. 17	CAP. 21 PÁG. 149	CAP. 39 PÁG. 257
CAP. 4 PÁG. 29	CAP. 22 PÁG. 153	CAP. 40 PÁG. 263
CAP. 5 PÁG. 35	CAP. 23 PÁG. 159	CAP. 41 PÁG. 269
CAP. 6 PÁG. 39	CAP. 24 PÁG. 165	CAP. 42 PÁG. 275
CAP. 7 PÁG. 43	CAP. 25 PÁG. 169	CAP. 43 PÁG. 281
CAP. 8 PÁG. 49	CAP. 26 PÁG. 173	CAP. 44 PÁG. 285
CAP. 9 PÁG. 55	CAP. 27 PÁG. 177	CAP. 45 PÁG. 291
CAP. 10 PÁG. 61	CAP. 28 PÁG. 185	CAP. 46 PÁG. 297
CAP. 11 PÁG. 71	CAP. 29 PÁG. 191	CAP. 47 PÁG. 305
CAP. 12 PÁG. 77	CAP. 30 PÁG. 197	CAP. 48 PÁG. 311
CAP. 13 PÁG. 87	CAP. 31 PÁG. 203	CAP. 49 PÁG. 315
CAP. 14 PÁG. 93	CAP. 32 PÁG. 209	CAP. 50 PÁG. 321
CAP. 15 PÁG. 99	CAP. 33 PÁG. 215	CAP. 51 PÁG. 327
CAP. 16 PÁG. 107	CAP. 34 PÁG. 221	CAP. 52 PÁG. 331
CAP. 17 PÁG. 117	CAP. 35 PÁG. 225	CAP. 53 PÁG. 337
CAP. 18 PÁG. 125	CAP. 36 PÁG. 233	CAP. 54 PÁG. 343

CAP. 55 PÁG. 351	CAP. 66 PÁG. 415	CAP. 77 PÁG. 479
CAP. 56 PÁG. 357	CAP. 67 PÁG. 421	CAP. 78 PÁG. 485
CAP. 57 PÁG. 363	CAP. 68 PÁG. 427	CAP. 79 PÁG. 489
CAP. 58 PÁG. 369	CAP. 69 PÁG. 431	CAP. 80 PÁG. 493
CAP. 59 PÁG. 373	CAP. 70 PÁG. 437	CAP. 81 PÁG. 499
CAP. 60 PÁG. 379	CAP. 71 PÁG. 445	CAP. 82 PÁG. 505
CAP. 61 PÁG. 385	CAP. 72 PÁG. 451	CAP. 83 PÁG. 513
CAP. 62 PÁG. 391	CAP. 73 PÁG. 457	CAP. 84 PÁG. 519
CAP. 63 PÁG. 397	CAP. 74 PÁG. 463	UNAÑO MÁS
CAP. 64 PÁG. 403	CAP. 75 PÁG. 467	TARDE PÁG. 527
CAP. 65 PÁG. 409	CAP. 76 PÁG. 473	EPÍLOGO PÁG. 529

Capítulo 1

El sonido del aparato sobre mi mesa de noche me despierta, aún adormilado extendiendo mi mano para lograr apagarlo, luego de tres intentos lo logro, *maldita alarma* —digo en mis adentros—. Cómo deseara quedarme dormido todo el día, pero tengo cosas más importantes que hacer que holgazanear, las 5 a.m., la hora perfecta para recorrer unos cuantos kilómetros, para relajarme y sacar todo el estrés que me causa ser yo, Oliver Anderson, además, tengo que mantener mi cuerpo, mis abdominales marcados no están ahí por holgazán.

Tomo mi celular, llamo a David, mi compañero de ejercicio, a él también le gusta mantenerse en forma, aunque algunas veces a regañadientes, como hoy.

—David, alístate, paso por ti en 10 minutos —digo, apenas descuelga, ya me he levantado de mi cama y busco algo que ponerme en mi armario.

—Oliver... ¿Qué tal si vamos mañana? —su voz ronca y adormilada me decepciona.

—Ya te lo dije, 10 minutos.

Dicho esto, cuelgo la llamada, me visto con mi buzo gris y calzo mis tenis. David sabe que, para mí, 10 minutos son 10 minutos; salgo de mi casa y camino hasta la casa de David que está a unos cuantos metros de la mía. Este es un lugar tranquilo a las afueras del congestionado Nueva York. Amo vivir aquí.

En menos de 10 minutos llego a la casa de David, mi mejor amigo desde los diez años. Su padre solía ser el chofer de mi padre, muy buenos amigos hasta que el señor Schmitt murió 10 años después. Aunque la universidad nos separó, él estudió Finanzas en Yale, mientras yo estudié Administración de Negocios en Harvard; luego de terminar la universidad, le ofrecí el trabajo de ser el gerente general de mi empresa y debo admitir que no me arrepiento de esa elección.

David sale con la cara más amargada del mundo, con el ceño fruncido, su cabello rubio alborotado y sus ojos *hazel* más pequeños de lo normal, su barba desarreglada, me mira mientras pone el gorro de su suéter.

—Te odio, maldito Anderson —dice mientras baja los escalones de la puerta principal de su casa—, te deseo que algún día te enamores.

—Mejor mátame, vamos, apresúrate.

Comenzamos a correr, mmm... Qué lindas chicas, dos jovencitas bien tonificadas pasan al lado nuestro con una mirada seductora, sonrío, tal vez debería salir con una de ellas, quizás la rubia, o tal vez debería salir con ambas. David también las mira, es que es imposible no verlas.

Mi celular suena, me detengo unos momentos para contestar, mientras David continúa.

—Buenos días —digo, al descolgar.

—¿Oliver? ¿Oliver Anderson? —una voz de mujer se oye en la otra línea.

—Sí... ¿Quién habla? —contesto vacilando, ni idea de quién pueda ser.

—Soy Meredith —dice, con un tono seductor en su voz.

Ahh, esa voz sí la recuerdo. Meredith, la de Wall Street.

—Esta noche estaré sola —continúa su voz seductora, yo sé qué significa eso.

—Lo siento, pero tengo que viajar muy temprano a Inglaterra, Melany.

—Es Meredith...

Cuelgo la llamada, la verdad que cuando ya pruebas algo una vez no te apetece una segunda, mucho más cuando el menú es tan exquisito como todas sus amigas, solo recordarlas me hace dibujar una sonrisa de oreja a oreja en mi rostro.

Regreso a mi casa, me ducho y me visto rápidamente para ir a la empresa, mi bóxer de Calvin Klein, mis pantalones Armani negros, de hecho, todo mi guardarropa tiene en su mayoría pantalones, sacos y corbatas de diseñador. Hoy me decido por una corbata gris, la pongo sobre mi adorada cama con sábanas de terciopelo blancas y como siempre mi camisa blanca mangas largas abotonada hasta arriba, tengo como 50 camisas blancas de estas, pongo mi saco y luego termino de acomodar mi corbata correctamente, me gusta todo perfecto, hasta mi cabello que con un leve partido al lado derecho me lo peino hacia atrás. Mi Rolex que nunca puede faltar en mi muñeca derecha, me encamino hacia el comedor.

Bajo las escaleras, Rosa tiene como siempre un rico desayuno, me siento en mi enorme comedor, no sé ni por qué tengo un enorme comedor si vivo solo y soy feliz viviendo solo, nadie te dice qué hacer ni a qué horas regresar, leo el periódico mientras Rosa me sirve un *omelet* en un plato blanco de porcelana.

«Oliver Anderson, el magnate de Nueva York sigue aumentando sus ingresos al invertir en la cadena de hoteles Beltrán».

Y tienen razón, solo tomo un bocado del *omelet*, ya que pido mi desayuno en el restaurante frente de la empresa. Rosa me mira con su entrecejo fruncido, y su mirada más malévola de lo normal, algunas marcas de vejez son visibles en su frente, sonrío, Rosa ha sido la única que ha sabido entender la importancia de la perfección para mí, trabajó para mis padres como por 20 años, ahora trabaja para mí, incluso le compré la casa de enfrente para que estuviera lo más temprano posible acá cuando necesito salir muy pronto. Le tengo mucho aprecio, siempre nos cuidó a mi hermano y a mí cuando mis padres estaban de viaje.

—Adiós, Rosa... Te veo luego —digo, tomando mi maletín saliendo de la cocina.

—Adiós, niño Oliver —dice, con una sonrisa.

Me detengo en seco y giro hacia ella, la miro fijamente; ella sabe que odio esa frase. Sonríe mientras gira hacia la cocina amarrando su corto cabello en una coleta.

Me dirijo a mi auto y comienzo a conducir, los árboles ya comienzan a florecer, tanto invierno ya me tenía deprimido. Llego a la empresa y me encanta esa sensación de todos corriendo al verme llegar, amo dirigir una revista tan grande como lo es la revista *Anderson*, con más de 25 000 empleados; hace dos años, cuando mi padre me dejó a cargo los empleados no superaban los 10 000.

Entro a la empresa, todo en su lugar, eso es bueno, el vidrio resplandeciente que deja ver todo al exterior, la alfombra gris nítida, los escritorios de los empleados de vidrio y mármol resplandecen, las paredes blancas e impecables, puedo oler extrema limpieza acá, eso me encanta.

—Buenos días, señor Anderson —la recepcionista trigueña, me da una sonrisa que no contesto. ¿Por qué lo haría? No quiero que piensen que pueden ser mis amigos, o quieran seducirme... Ya me ha pasado; la verdad, para mí, vida privada y trabajo no se mezclan, eso es algo que tengo bien claro, por eso mis conquistas son muy lejos de aquí.

Entro a mi ascensor privado, no entraría con todos los empleados al mismo tiempo por nada del mundo, aparte de que me es incómodo cómo se me quedan viendo. Mi ascensor tiene letras brillantes que se leen «CORPORATIVO», así que todos respetan este ascensor, no les conviene perder su trabajo por ese insignificante detalle.

Camino por el piso número 25 hasta dirigirme a mi oficina que está al fondo, observo que mi secretaria no está y observo mi reloj, ya es para que estuviese aquí. Alguien tendrá problemas hoy. Entro a mi oficina, la vista de Nueva York desde aquí es extraordinaria, toco mi escritorio de vidrio suavemente con los dedos para asegurarme de que esté bien limpio, al igual que mi silla ergonómica giratoria, los vidrios que semirrodan mi oficina, sí, todo es perfecto.

Saco mi *laptop* de mi maletín y la enciendo sentándome en mi silla. ¡Ahhh! Podría dormirme en ella, la amo, observo un papel sobre mi escritorio, me parece extraño, lo saco de debajo del prensapapeles y lo observo, es una carta de renuncia de mi secretaria.

La leo detenidamente. ¿Por qué renuncia? «Motivos Personales», eso para mí no es un porqué, no tenía ni un mes. ¡Diablos! ¿Por qué no avisó con tiempo?, tengo un viaje a Inglaterra mañana temprano, odio a la gente irresponsable.

Me dirijo a la oficina de David, ya debe estar aquí, cómo detesto que hagan esto. ¿Por qué no avisar 15 días antes? Yo soy una persona ocupada. Pensando todo esto con rabia en mis adentros camino por el pasillo, perfectamente alfombrado, las paredes color *beige*, las lámparas finas que cuelgan del techo, observo cómo todas las personas que caminan por este mismo pasillo se apartan al verme, abro la puerta sin tocar, mala idea.

La pelirroja asistente de David, Andi, está sobre sus piernas, y él tiene su mano donde no me atrevo a ver, prefiero cerrar mis ojos; tiene buenas curvas, pero eso de mezclarte con tu asistente no es correcto mucho menos si está casada, al verme ella se levanta, con cara de horror. Aunque a David no le importa, a mí me molestan este tipo de actos poco profesionales dentro de mi empresa.

—David... —mi expresión neutral es más que suficiente para este tipo de ocasiones, Andi pasa a mi lado.

—Lo siento, señor Anderson —agacha la mirada, mientras acomoda su falda y pasa cerca de mí.

Le resto importancia, solo veo a David que está acariciando su barba mientras ve a Andi retirarse de la oficina.

—¿Es en serio, David? —pregunto con un tono un tanto molesto en mi voz cuando Andi ya se ha retirado—. Hagan sus cochinadas lejos de mi empresa.

David simplemente ríe.

—Oliver, es el único momento que puedo verla, su esposo está todo el tiempo con ella el resto del día —enarco una ceja y niego con mi cabeza, si algo yo nunca he hecho es mezclarme con mujeres casadas.

Le resto importancia al asunto de David, tengo que resolver esto.

—Sara renunció —digo esto poniendo la carta sobre su mesa—. ¿Te había comentado algo? ¿Por qué no simplemente decir unos días antes para que nos dé tiempo de buscar otra persona? —David frunce el ceño.

—La verdad no me comentó nada —toma la carta de renuncia y la comienza a leer.

—Mañana voy para Inglaterra, así que necesito que me consigas una secretaria para cuando regrese, tengo muchas cosas que hacer y no puedo retrasarme.

—Bien, no te preocupes, desde hoy le diré a Andi que publique el anuncio de la oportunidad de empleo, el día que regreses ella ya estará aquí —David toma el teléfono y comienza a darle instrucciones a su secretaria para el anuncio de la vacante de empleo—. Listo —dice colgando la llamada—, no te preocupes Oliver, verás que todo estará bien.

Por esa y muchas razones más es que David es mi mano derecha.

Me regreso a mi oficina más tranquilo, trabajé un poco más de lo normal por no tener una secretaria, puedo sobrevivir sin una secretaria, pero no para siempre. Regreso a casa, estoy cansado, solo me cambio y me quedo dormido en instantes.



Capítulo 2

MI alarma suena a las 4 a.m., David me deja un mensaje que todo está listo para mi viaje a Inglaterra, ya que no tengo secretaria él está haciendo el doble de trabajo, pero un trabajo muy bien hecho. Me pongo mis característicos trajes empresariales, sin ellos me siento que no soy yo, Rosa tiene preparada mi maleta al bajar las escaleras, me despido de ella, el chofer de la empresa me está esperando para llevarme hasta el *jet*.

Estoy quedándome dormido otra vez cuando llegamos, diviso mi *jet* con las letras «ANDERSON» a ambos costados desde leguas, es perfecto, yo no viajaría en un avión público, ni siquiera puedo pensarlo.

El viaje es bastante cansado, mientras tanto, reviso correos y busco oportunidades para invertir mi dinero, hay cosas muy interesantes todos los días. Mi día transcurre rápido, como siempre.

La reunión es más que productiva, nuevos socios, nuevas inversiones, oportunidades de negocio.

—Anderson, ¿vienes a la fiesta después? —pregunta Anthony Romanov, un empresario ruso bastante mayor, su cabello y barba grisáceos ya por la edad. Mientras tomo un sorbo de *champagne*, una jovencita de cabello negro y un escote muy pronunciado (que se le mira más que bien debo admitir) está tomada de su brazo.

—Claro —digo, intentando no parecer interesado en la belleza que está con él.

—Ella es mi prometida, Lauren —agrega, sonrío a Lauren extendiendo mi mano y ella la toma, sus suaves y delicados dedos junto a los míos se sienten más que bien.

Saludo a Lauren y se me queda viendo de una manera muy provocativa por el resto de la velada, sus ojos color miel destellan un brillo especial que casi me dice que me acerque a ella con sus gruesas pestañas arqueadas,

el señor Romanov me invita a compartir limusina con él y su prometida para ir a la fiesta, tengo mi propia limusina, pero ir con esta belleza de Lauren a mi lado hace que considere compartir con ellos.

El señor Romanov se va a hablar con algunos socios dejándonos solos a Lauren y a mí en la gran mesa redonda de cristal, comienza a coquetearme con su mirada, solo la observo fijamente mientras tomo una copa de mi vino.

—Nunca me imaginé que Oliver Anderson fuera tan joven y atractivo —Lauren rompe el silencio luego de unos minutos de miradas coquetas entre ambos y su comentario me hace sonreír.

—Gracias, Lauren, y yo nunca me imaginé que la prometida de Romanov fuese tan bella —enarco una ceja mientras pongo mi copa de vino sobre la mesa. Ella sonríe, dejando al descubierto sus perfectos y alineados dientes blancos. La verdad, ni siquiera me imaginé que Romanov pudiese aún tener mujer.

—Señor Anderson, ¿le parece si vamos afuera? La música me tiene un poco desorientada —se pone de pie inclinándose hacia mí mostrándome su escote, bueno, ¿por qué decirle que no?

Como me imaginé, no quería solo platicar. Lauren se dirige a un baño, y yo la sigo disimuladamente, se cerciora de cerrarlo bien, me acorralla en una esquina y comienza a besarme con pasión, no voy a desperdiciarlo, la tomo de la cintura y la ubico sobre un lavamanos, esta gime de placer mientras beso su cuello y acaricio uno de sus muslos, pero este no es buen lugar para estas cosas, su prometido es un socio muy importante, no puedo arriesgarme, y sé que ella no se quiere arriesgar.

—Vamos a otra parte —murmuro en su oreja, haciéndole recorrer un escalofrío por todo su cuerpo.

Ella asiente con la cabeza, tomamos la limusina, y ni siquiera estando ahí se puede contener, si es que esta mujer es fuego puro. ¿Cómo hará el pobre Romanov con tan avanzada edad?

Llegando a mi cuarto de hotel me lanza a la cama. ¡Guau, guau! Se quita el vestido y solo en minutos está sobre mí en ropa interior, sigo su ritmo, pasa sus manos sobre mi torso y literalmente me arranca la ropa, tiene un lindo cuerpo, no es muy alta, pero su piel está muy bien ajustada a sus curvas, tiene un cuerpo perfecto que sé que Romanov ha pagado, porque... Bueno, soy hombre y puedo distinguir entre unos pechos naturales y unos pagados, estos son de los segundos.

Se despoja del resto de las prendas que aún llevaba, saco un preservativo de mi billetera, no hay forma de que me acueste con alguien sin protegerme, no quiero que luego salgan con cuentos de un embarazo o terminar con alguna enfermedad, gime fuerte cuando entro en ella, prácticamente grita con cada embestida, me ensordece, tal vez hubiese sido bueno si sus gritos no fueran tan elocuentes, creo que he quedado sordo, ni siquiera puedo dejarme ir con tranquilidad. ¡Hasta que por fin! Demonios, ya me quiero ir de aquí. Lauren queda dormida en segundos. ¡Gracias a Dios! Reviso el preservativo y me cercioro de que no hayan fallas, me pongo mi ropa, y mientras pongo el reloj en mi muñeca la observo, ya no me parece tan bonita luego de escucharla gritar tanto, me retiro, no quiero que despierte y yo siga aquí y me quiera ensordecere de nuevo y tenga que inventarme una extraña excusa. ¿Por qué es tan difícil encontrar una mujer con quien tener buen sexo? Prefiero dormir en mi *jet*.

Regreso a Nueva York antes de lo pensado, llamo a David para hacérselo saber, no quiero llegar y que no haya nadie en la empresa.

—David, en una hora llego a Nueva York, espero encontrarte y que hayas cumplido tu promesa —no sé cuánto dormí, pero no me importa.

—No te preocupes, ya todo está arreglado, allá te veo —bosteza. ¿Quién aún duerme a las 5 a.m.?

Mi *jet* está equipado para estar cómodo acá, viajo constantemente, así que tenía que conseguirme uno como este, tiene una cama como la mía, me siento en casa, baños, muebles, en fin, todo lo necesario; me ducho y me arreglo, mi bóxer y mi pantalón negro impecable, no soportaría usar algo que no esté bien planchado, abotono mi camisa blanca hasta arriba y coloco mi corbata rojo vino mientras preparo un informe de lo hablado en Inglaterra. Al arribar, el chofer me está esperando. Entro a la limusina y vamos hacia la empresa, coloco mi saco perfectamente planchado antes de salir del vehículo.

Entro y veo a todos correr de un lado a otro, amo esa sensación; subo a mi elevador personal y llego al piso de mi oficina, veo a David con el traje gris que le regalé en su último cumpleaños, me saluda de largo mientras hace una mueca de que me acerque, está parado al lado de una joven rubia que mantiene su mirada sobre unos papeles, la miro con desconcierto, no la he visto antes por acá; bueno, no conozco a la mayoría de mis empleados, pero una mujer así creo que no pasa desapercibida.

Llego hasta David y lo saludo.

—Señor Anderson, ella es Alexandra Carlin, su nueva secretaria —David vuelve su mirada a la rubia al lado de él.

Ella levanta la vista y me mira con sus grandes ojos verdes, su mirada casi me emboba, y eso que lleva lentes, no conozco muchas mujeres que luzcan tan bien con lentes, su cara y piel tan finas, parece una muñeca de porcelana, viste con pudor, lleva unos simples pantalones negros y una blusa blanca con cuello alto que a cualquier mujer haría ver como una señora amargada, pero ella parece una diosa. Su cabello rubio con rizos largos, un poco despeinado, pero un lindo despeinado. ¡Maldita sea! ¿Hay mujeres que se miren bien despeinadas? Sí, ella. La observo de pies a cabeza...

Esto no debe ser cierto.

Capítulo 3

Miro a David y la miro a ella, no puedo creer que haya contratado a alguien solo porque le ha gustado otra vez. Ella estrecha su mano hacia mí.

—Un placer, señor Anderson —una voz muy dulce sale de sus rosados y carnosos labios.

Yo no estrecho la mano con mis empleados y ella no será la excepción, me pongo a caminar sin importar si me sigue o no, doy mis órdenes, ya David lo sabe y comienza a avanzar tras de mí. Ella también me sigue luego de que David le dice algo que no logro escuchar. Sí, tal vez fui rudo, pero así tengo que ser, de otro modo mis empleados no me tomarían en serio.

—Necesito los papeles arreglados hoy, contacta al tipo encargado del diseño de la nueva portada, necesito verlo hoy, llama al señor Clarkson para cancelar la reunión de mediodía, dile a Kevin que prepare la sesión fotográfica y tráeme un café —espero haya captado, yo no tengo paciencia. Una vez que llego a mi oficina, tomo la manecilla y la giro para entrar.

—Lo siento, señor Anderson. ¿Me podría repetir lo último que dijo? —no puede ser, me volteo para verla directamente a los ojos, levanto una ceja, yo no soporto este tipo de situaciones.

—¿Es en serio? Yo no repito dos veces, si no tienes todo eso para hoy mejor no regreses mañana —digo esto sin titubear, no me importa no caer bien, las cosas para mí son claras y precisas. Giro sobre mis talones y entro a mi oficina, David va tras de mí y cierra la puerta de mi oficina a sus espaldas.

—David —pongo mi maletín en mi escritorio para voltearme a hablar con él—, espero que esta no sea una de tus conquistas, una cosa es la que elijas tú para tu secretaria y otra es la que elijas para mí.

David me mira con sus pequeños ojos claros y frunce el espacio entre su entrecejo, se sienta en el sillón blanco frente a mi escritorio.

—No, Oliver, es cierto que la chica está bonita, pero no es mi estilo, me recuerda a mi hermana solo que con los ojos verdes —saco el informe de Londres de mi maletín y se lo entrego a David—; fue la única que en toda mi vida ayudándote en esto me ha dado una respuesta inteligente.

Me siento en mi silla giratoria al rodear el escritorio y miro a David fijamente una vez que estoy cómodo.

—¿Qué respuesta?

—Cuando pregunté por qué la deberíamos elegir a ella, mientras todas las demás habían contestado sus logros y sus detalles narcisistas, ella solo me dijo que no conocía al resto de chicas, así que no podía contestar el porqué la deberíamos contratar a ella y no al resto —David suelta una risa—, me dejó pensando todo el día. ¿Cómo es posible que yo nunca pensé en algo así? Y es tan razonable. Además, está loca, es la cucharada de azúcar que tú necesitas para endulzar ese carácter amargo que te cargas.

—Bueno, tu misión era encontrarme una secretaria no una cucharada de azúcar, David —él sonríe y se pone de pie acomodando su saco.

—Bueno, lo hecho, hecho está. Ahora, si me disculpas, tengo que ver que Andi haga las cosas como digo.

—Te lo recuerdo, Schmitt, no quiero ese tipo de comportamiento en mi empresa —lo miro a los ojos, con la expresión más seria que pueda tener.

—Por supuesto, jefe —hace una seña de militares con su mano derecha, dicho esto se retira.

Saco mi computador, necesito revisar mi correo.

Alguien golpea la puerta, «adelante» —digo, mientras comienzo a teclear mi contraseña. El fotógrafo de la revista entra por la puerta color *beige* de madera fina.

—Dime, McGarthy —digo, viéndolo entrar por la puerta, con una enorme cámara colgando de su cuello.

—Solo quiero comentarle que la modelo que se había contratado no se presentó.

—¿Qué? ¡Demonios! Por favor, ve a la oficina de David y coméntale eso, él es el encargado de esos contratos y, por favor, prepara la sesión fotográfica a más tardar hoy. ¿De acuerdo?

—Entendido, señor Anderson —otra persona toca la puerta.

—Adelante.

Alexandra entra a la oficina, trae mi taza de café, estupendo, necesito mucho café esta mañana. Ella lo pone sobre mi escritorio, Kevin se despidió y retira.

—Ya le dije a Kevin que preparara la sesión fotográfica, una cosa menos que tienes que hacer —le digo, sin verla a los ojos. Tomo un sorbo de mi café. ¡No puede ser! Tiro el café al suelo, ahora he manchado la perfecta alfombra que pisan mis pies, maldigo.

—¿Qué diablos es esto? —pregunto, ahora sí veo su rostro, puedo observar cómo su rostro se empalidece y agacha la mirada. No puedo ponerme molesto ante ese rostro. ¡Demonios! Maldito David.

—Una chica pelirroja que estaba en la cafetería me dijo que ese era su favorito —su voz dulce casi tiritita, esto es otra obra de Andi. Esa chica no está despedida porque David me ruega que no lo haga.

—¿La asistente de David? —suelto un suspiro—. Dejaré pasar esto solo porque eres nueva, por favor, dile a David que venga, espero que hagas el resto de tus tareas bien sin ser influida por alguien —digo lo último entre pausas, golpeo suavemente mi escritorio con mis uñas mientras la miro salir por aquella puerta, es imposible no verla, ese pantalón se le ajusta tan bien. ¿Por qué David me ha hecho esto?

David llega corriendo a mi oficina luego de unos minutos, tengo mucho trabajo, así que ni siquiera levanto la mirada hacia él cuando llega, además, es el único que no toca al entrar.

—Bien, ¿qué ha hecho? —pregunta al pasar por la puerta cerrándola a sus espaldas.

—¿Qué ha hecho Andi, preguntarás? —continúo tecleando en mi computador—. Escucha, no es la primera vez que hace algo a unas de mis secretarías y ya me estoy cansando, esto no es la preparatoria, ni un lugar para ponerse a jugar a ser aquella rubia atractiva de la película que nos obligaron a ver aquellas dos modelitos.

—¿La de la chica que se mudó de África?

—Exacto —levanto la mirada para encontrarme con sus pequeños ojos y está esbozando una sonrisa viendo hacia un punto de mi oficina.

—Aún recuerdo a esas chicas, a ambas —dice, volviendo su mirada a mí.

Sonrío, yo también las recuerdo.

—Quiero que le hagas un memorándum a Andi que me vas a traer para firmarlo... yo... mismo... —enarco una ceja.

—Oliver, estoy seguro de que debe tener una explicación —aquí vamos otra vez.

—No, haz las cosas como te digo, David.

Dicho esto, salgo de la oficina y me encamino hacia una reunión con un socio importante mientras dejo en el escritorio de Alex todas las cosas que tiene hoy por hacer.

—Estas cosas tienen que ser terminadas hoy, ¿entendido? —la miro a los ojos con expresión neutral, pero es que me es casi imposible con esos bellos ojos.

Continúo todas mis tareas del día, Alex se retira aproximadamente a las 7 p.m., al menos entiende que si las cosas no están terminadas no puede irse, tiene una cualidad, no hay que decirle.



Me despierto como de costumbre y salgo a correr, al regresar a casa el olor a comida invade mi hogar, ni siquiera voy a ducharme y voy directo a la cocina.

—Buenos días, Rosa —exclamo, suspirando por el olor a tocino que invade mi casa.

—Buenos días, Oliver —contesta, mientras me sirve un plato de esa exquisita comida.

—¿Y qué tal el trabajo?

—El maldito de David me consiguió una nueva secretaria y, ¿adivina qué? —tomo un pan que reposa en una pequeña canasta en la encimera—. Es rubia, alta, delgada, tiene unos enormes y lindos ojos verdes. Estoy seguro de que David anda buscando con quien cambiar su aventura de estos momentos, aunque él diga que no.

Ella me mira y sonrío.

—¿Cómo se llama? —pregunta, mientras tomo lugar en el comedor.

—Alexandra Carlin —hasta su nombre me parece bonito.

—Bueno, debería prohibirle mezclarse con su secretaria, si no otra vez volverá a pasar lo mismo que con aquellas otras chicas —he perdido más secretarías por David que por mi carácter, a todas las termina invitando a salir y luego se pelean con Andi en la oficina.

Me voy de viaje por un par de semanas, amo ir de viaje porque conozco chicas de distintos lugares y como no somos siquiera amigos no tengo ninguna obligación de llamarlas luego, la mayoría salen con otras personas lo que me hace las cosas más fáciles porque no me buscarán después, aunque sí debo admitir que lo han hecho un par de veces, pero a decir verdad no me interesan.

Duermo como un bebé en mi *jet*, aproximadamente a las 5 a.m., poco antes de que mi alarma suene, mi celular me despierta. Observo el aparato intentando acomodar mis ojos a la luz de la pantalla y ver quién diablos me llama a esta hora. Es mi padre, frunzo mi entrecejo. ¿Por qué mi padre me llamaría?

—¿Hola? —digo al descolgar.

—¡Hijo! ¿Cómo estás? —bien, si tú no me llamas.

—Bien, papá, ¿y tú? —¡maldición! ¿Ahora qué diablos va a reclamarme?

—Bien, hijo, hoy estaré por Nueva York. ¿Te parece si desayunamos? Quiero hablar contigo.

No.

—De acuerdo, papá. A las 6 estaré en la empresa.

—Bien, te esperaré ahí.

Dicho esto, cuelga la llamada. Yo no tengo una excelente relación con mi padre, por lo cual sé que esto terminará en discusión.

No puedo ni pensar claramente, no puedo ni terminar de realizar el informe de este viaje. Pienso y pienso, me ducho y me tomé más de veinte minutos por estar pensando estupideces, me miro al espejo mientras acomodo mi corbata celeste con tonalidades más oscuras. Pongo en mis hombros el saco azul oscuro mientras salgo del *jet*.

Ni siquiera me doy cuenta cuando la limusina ya está frente a la empresa. He pensado todo el camino lo que posiblemente mi padre me restregará en la cara.

Llego a mi oficina y ahí está. Observando la ciudad a través del ventanal, con una taza de café en sus manos, su cabello negro con unos tonos

grisáceos, sé que así se verá mi cabello a su edad. Voltea a verme al escuchar la puerta abrirse, siempre con su porte de mandatario, con un perfecto traje color *beige*, me observa con sus pequeños ojos castaños.

—¿Cómo has estado, Oliver? —esboza una sonrisa y se acerca a darme un abrazo.

—Muy bien, padre, ¿y tú? —correspondo a su abrazo y también le sonrío.

—Veo que todo está en orden, Oliver. Es estupendo —le doy una débil sonrisa mientras salimos por la puerta de mi oficina. Todo el camino al restaurante es un completo silencio mientras él observa la ciudad por la ventana.

—Llegamos, señores Anderson —asegura el chofer, quien se acerca a abrirnos la puerta del auto.

Entramos al restaurante, mi padre ya tenía reservaciones. Como si ya tenía planeado desde antes venir aquí a hablar conmigo. Me siento frente a él en una pequeña mesa para dos personas que estaba reservada un poco apartada de otros que desayunaban en el lugar.

—¿Y qué te ha traído por la ciudad, papá? —pregunto, mientras abro el menú.

—Una reunión con unos amigos, Chris Sanders el dueño de la firma de abogados que trabajan con nosotros cumplía años ayer.

Y eso fue todo lo que hablamos por un largo rato. El resto del desayuno es un completo silencio, hasta que finalizamos.

—¿Oliver, cuando te piensas casar? —típica pregunta de él.

—Papá, solo tengo veinticinco años —suspiro, ya estoy harto de esta jodida pregunta.

—¿Y? Tu hermano tiene veintitrés y se casó el año pasado.

—Lo sé, papá, estuve ahí. Ahora dime. ¿Él es feliz? —él me observa por varios minutos.

—Sí, lo es —suelta, luego de varios segundos—. Siempre supe que Henry era el que mejor pensaba de ambos.

Bien, eso fue un golpe bajo.

—¿Solo porque no me caso no sé pensar, a pesar de que he hecho crecer esta empresa más de un cincuenta por ciento? —me cruzo de brazos, me indignan sus comentarios.

—Eso no lo es todo, Oliver. He escuchado miles de rumores por ahí de ti con diferentes mujeres en cada reunión de socios —él pone la taza de café sobre la mesa—. ¿Es en serio? No sabes la vergüenza que me haces pasar.

—¿Por qué crees cualquier rumor por ahí, padre? —pongo mis codos sobre la mesa y lo miro directamente.

—Porque tú no tienes una vida formal, Oliver. Nunca te he conocido una novia al menos.

—Porque a mí no me gusta compartir mi vida privada, padre. Tú criticas todo y estoy seguro de que si te presento a alguien también la vas a criticar —él arruga su entrecejo, haciendo sus marcas de edad aún más visibles.

—¿Es en serio? Yo no quiero que te pierdas con mujeres promiscuas por ahí, Oliver —me mira fijamente a los ojos—. Tu hermano es más precavido, es tan obstinado como tú en su trabajo y es un excelente esposo. Tú solo andas por ahí acostándote con mujeres diferentes cada noche —sonrío, pero no una sonrisa de felicidad o de triunfo, sino una sonrisa de frustración. En serio mi padre me saca de quicio.

—Tú no sabes nada de mi vida. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer —me levanto al decir estas palabras, ni siquiera me importa no terminar todo mi desayuno.

—Sé lo suficiente, Oliver, como para quitarte la presidencia por no tener una vida formal —esta vez levanta un poco su tono de voz y me mira.

—¿Qué? Tú no harías eso —lo miro a los ojos, esos ojos fríos y demandantes que siempre ha mostrado conmigo.

—Sí lo haría y se la daré a Henry, él es tan bueno como tú, Oliver. Y piensa mejor en muchos aspectos —mi padre también se levanta de su silla—, yo no voy a estar poniendo en peligro el prestigio de la revista que tanto me ha costado.

—¿En serio? Si supieras tanto de mí como dices, deberías saber que me casé hace un mes —la peor mentira que haya dicho en mi vida, mi padre me ve con cierta expresión de asombro y al mismo tiempo de incredulidad.

—¿Qué has dicho? —pregunta.

—Que me casé hace un mes, pero es algo que tú no sabes por pasar todo el tiempo criticando mi vida —me encamino de regreso hacia la limusina dejándole un enorme billete al camarero que lo mira con asombro. Mi padre sigue mis pasos, esperaba regresar solo a la empresa, pero no, él quiere llegar al fondo de esto, no voy a negar que me arrepiento de haber dicho esto porque yo no tengo una esposa. Ni quiero tenerla.

—Oliver, ¡detente! —demanda tras de mí—. ¿Qué es eso que has dicho? ¿En serio piensas que voy a creérmelo? Si nadie lo sabe es por algo —sube a la limusina justo después de mí.

—David lo sabe, porque es el único en quien pudiese confiar algo —esta es una mentira muy grande, pero estoy tan molesto como para pensarla bien.

Es un silencio incómodo entre ambos al no contestar ninguna de sus preguntas hasta que llegamos a la empresa. Subo al ascensor sin importar si él va conmigo o no, pero como es de esperarse me sigue hasta la oficina y le hace una seña a David, quien está de pie a un costado revisando unos papeles. David entra a la oficina justo después de él.

—David, ¿cómo es eso que Oliver se ha casado y yo no sé nada de eso? —espeta, con cierto enojo en su voz, mientras mira a David a los ojos y yo me recuesto en mi silla giratoria deseando no haber nacido.

David me observa con cierta incertidumbre, pero lo entiende rápidamente con solo una mirada.

—Ah, se... Señor Anderson —balbucea—. Oliver me dijo que no le comentara a nadie porque es su vida privada.

¡Buena!

Ahora me mira a mí.

—¿Quién es ella, Oliver?

—Papá, baja la voz que no quiero que todos se den cuenta —me levanto de mi silla acomodando mi saco y me acerco al archivero a sacar unos papeles con toda la tranquilidad posible mientras David sigue con su mirada confusa en el otro extremo.

—¿Que baje mi voz? Luego de que me dices que te casaste y yo no sé nada.

Solo me encojo de hombros leyendo unos papeles y vuelvo a incorporarme en mi silla giratoria.

—Hasta tuve que dejar guardado mi anillo de matrimonio porque iba a salir contigo —él me mira, con esos pequeños ojos enfurecidos.

—Bien, quiero conocerla.

—No se podrá, está fuera de la ciudad. Luego iremos a visitar a sus padres y luego tengo una reunión con unos socios en Rusia —digo todo esto con tanta naturalidad que hasta yo me lo creo.

Él me mira, al igual que David, que intenta mostrarse indiferente. Pero sé que quiere salir corriendo. Mi padre sale de la oficina enfurecido. David se cerciora de que él ya esté bastante lejos y se acerca a mí.

—Oliver, ¿qué rayos has hecho? —David me mira a los ojos y se cruza de brazos—. Maldición... ¿De dónde diablos sacarás una esposa?

—De ningún lado, David. Dejarán de insistir cuando les diga todo tipo de excusas —dejo los papeles sobre el escritorio, de hecho, tiro unos papeles sobre el escritorio.

—En serio que yo conozco más a tus padres que tú mismo. Bueno, no me metas en esto, Oliver.

—David, dice que me quitará la presidencia y se la dará a Henry. Y si Henry entra aquí como presidente lo primero que hará es echarte, y lo sabes —lo miro a los ojos, recostado sobre mi silla mientras firmo unos papeles.

David me mira pensativo. No dice nada, sabe que es verdad, él no tiene un buen roce con Henry.

Una vez que sale de mi oficina no puedo dejar de pensar en lo dicho por mi padre. ¿Cómo se atreve siquiera a mencionarme que me quitará la presidencia cuando estos años he sido yo quien la ha hecho crecer? Miles de cosas que hacer y yo por culpa de él no puedo concentrarme. Y así paso el resto de mi día. Ni siquiera pongo atención a lo que están diciendo en la reunión, por suerte tengo a David y estos son los casos que agradezco tener una secretaria porque luego me recordará de qué se habló.

Vuelvo a mi oficina pensativo. ¿Por qué mi padre es así conmigo? ¿Qué le he hecho? Es normal que quiera divertirme, solo tengo veinticinco años. Mi hermano no es feliz, no me imagino yo casado y siendo infeliz. Un golpe en la puerta me hace salir de mis pensamientos, «adelante» demando.

Alex asoma su bello rostro por la puerta con su precioso cabello rubio recogido hacia un lado.

—Señor Anderson, llamó el señor Christopher Depreé para una reunión de hoy y...

No quiero saber nada de reuniones.

—Cancela la reunión —interrumpo rápidamente, asiente con su cabeza y cierra la puerta de su oficina.

Suspendo todo trabajo que tenga por hacer y me quedo como estúpido observando la ciudad por aquel vidrio durante varias horas, quisiera

desaparecer de aquí, la verdad no puedo hacer nada mientras mi mente está en otra cosa, lo primero que se me ocurre es irme temprano a un bar.

Comienzo a tomar, trago tras trago, yo solo, sin David y sin nadie, la verdad quiero solo tiempo para mí y pensar en mi amarga vida. Luego de varios tragos me siento mareado, ¡diablos! Mañana me arrepentiré de esto, es como si no pudiera parar, más y más tragos, ya miro nublado, apenas sosteniéndome salgo de aquel bar, busco mi auto, pero me es imposible localizarlo por mi estado; comienzo a buscar la llave para hacerlo sonar y dirigirme hacia él, me quiero sentar, miro una reconfortante banca blanca frente al parqueo y no dudo en ir hasta ella, justo al acomodarme, una voz bastante familiar me interrumpe.

—Hola, señor Anderson, ¿se encuentra bien? —levanto la mirada inmediatamente, y un par de ojos verdes se clavan en los míos.

—Señorita Carlin. ¿Qué hace aquí? —ella me mira con cara de incredulidad. Qué vergüenza que mire a su jefe en este estado.

—Salí con unos amigos, si quiere le ayudo a llamar un taxi —la luz de la iluminaria contra su cabello dorado la hacía parecer un ángel. ¿Por qué diablos Alex me parece tan linda? ¿Pero qué estoy pensando? Tomé demasiado.

—No, gracias, estoy bien, solo vete —quito mi mirada de la suya antes de que me des controle y la poso en un auto frente a mí.

—¿Sucede algo? ¿Hay algo malo con la empresa? —pregunta, con sus ojos cubiertos de intriga.

—No hay nada malo con la empresa, lo malo es con mi padre —ni siquiera sé por qué le estoy contando esto—; él siempre está esperando de mí algo que no pueda ser, y ahora por eso puedo perder la presidencia, algo que a mí me ha costado. ¿Alguna vez te han arrebatado algo que te haya costado a ti? —levanto la mirada de nuevo y la clavo en sus ojos, esperando una respuesta reconfortante.

—Bueno —menciona, sentándose a mi lado—, muchas veces y creo que así son todos los padres, esperan de nosotros algo que no somos.

—Es que esto es diferente —levanto la voz, ni siquiera sé por qué levanto la voz, ella mira alrededor como esperando que nadie escuche—, quiere que todo sea a como él dice, he hecho lo mejor para esta empresa y él solo juzga mi forma de ser —continúo mi vómito verbal—; siempre está diciéndome que mi hermano piensa mejor que yo y que le dará la presidencia a él. Él ni siquiera sabe qué es luchar por algo... Dime... ¿Qué tiene que ver sentar cabeza con dirigir una empresa?

Ella me mira, con esa bella mirada verduzca solo digna de ella, aunque en estos momentos no se logren ver a la perfección con la luz de la luminaria.

—Bueno, muchos creen que sentar cabeza es para personas responsables —contesta eso con algo de temor en su voz, puedo notarlo.

Yo soy una persona responsable, muy responsable, y no tengo necesidad de casarme para serlo, iba a contestarle, pero en ese momento hasta lo que comí ayer sale por mi boca, luego todo se vuelve oscuro.



Capítulo 4

Despierto con un tremendo dolor de cabeza que me hace recostarme otra vez entre mis sábanas de terciopelo marrones masajeando mis sienes. Preparo mi bañera con todo tipo de esencias aromáticas, me sumerjo en esta intentando calmar ese dolor agobiante, creo que tendré que ir por unas pastillas, pero ¿cómo mierda llegué aquí? Me relajo mientras escucho clásicos en inglés y de pronto todos los recuerdos comienzan a llegar a mi mente, el bar, todos los tragos, mi padre, Alex... ¿Alex? Abro los ojos como platos, qué vergüenza que Alex me haya visto de esa forma y de paso me haya visto vomitar y desmayarme, ¡diablos! Yo soy malo para emborracharme y lo sé, no sé por qué siempre lo hago.

Salgo de la bañera y me visto lo más rápido que puedo al ver la hora en mi reloj, primera vez en mi vida que llegaré tarde, no vuelvo a tomar de esa forma, bajo lo más rápido que puedo los escalones y conduzco hasta la oficina, me miro en el espejo retrovisor del auto y al menos me miro bien, a pesar de no haber dormido nada y haber caído inconsciente.

Llego a la oficina y ya Alex está ahí, tan bella con una falda negra que se le ajusta más que bien a su cuerpo, aunque la chaqueta que lleva no me deja tener una gran vista, me mira; voy a pretender que no recuerdo lo de ayer, siento vergüenza por primera vez en mi vida de hablar con alguien.

Mi vida continúa, me voy de viaje, conozco chicas, tengo aventuras, mi madre llama una y otra vez y me rehúso a contestar, sé qué es lo que quiere hablar y yo no quiero hablar sobre eso, mentirle a mi padre es una cosa, pero ya mentirle a mi madre es cosa seria. Al cabo de un par de semanas sus llamadas son más incesantes. Me veo obligado a hablar sobre ello cuando llama de otro número y no teniendo idea de quién es se me ocurre contestar.

—Buenas tardes —digo al descolgar.

—¡Oliver, por Dios! ¿Por qué no contestas mis llamadas? ¿Qué rayos pasa contigo? —la voz de mi madre molesta me saca de mi paz interior.

—Mamá. ¿Por qué llamas de otro número?

—¿Por qué? ¿Todavía preguntas por qué? —agradezco no estar frente a ella en estos momentos—. No me contestas las llamadas, Oliver.

—Porque ya sé que querrás hablar sobre la noticia que te ha dado mi padre —me recuesto de forma relajada sobre el espaldar de mi silla giratoria, ni modo, ya no tengo de otra.

—¡Por supuesto, Oliver! ¿Cómo es que te casaste y tu madre, la persona que te dio la vida, no lo sabía?

—Porque papá lo único que hace es juzgar.

—¡Pero yo no!

—Mamá...

—Quiero conocerla —demanda, ahora más enfurecida, nunca he escuchado a mi madre hablándome de esta forma, esto no está bien.

—Oliver... —ahora la voz ronca de mi padre se escucha en la otra línea.

—¿Papá? —frunzo el ceño, ahora tengo que escuchar los regaños de él.

—¿Por qué no quieres que la conozcamos?

—Ya te lo dije...

—Escucha, Oliver —hace una pausa—, si la razón es porque es él y no ella, no tengo de otra más que aceptarlo, pero al menos quiero conocerlo.

—¿Qué? —bien, eso sí me molestó—. Papá, ¿es en serio lo que acabas de decir?

—¿Es David? —¿¡qué!?! Suspiro.

—Escúchame bien, papá, mañana los espero, se las presentaré y escucha bien, padre, no es David, es una mujer y muy bella.

Dicho esto, cuelgo la llamada. ¿Cómo es posible que piensen que soy gay? Si las mujeres son las criaturas más bellas del universo. Pero ahora, ¿a quién diablos busco para esta mentira? Yo ni siquiera tengo amigas, comienzo a marcar el número corto de la oficina de David.

—Oliver...

—David, ¿puedes venir?

—Por supuesto.

Dos minutos después David entra a mi oficina, sostiene unos papeles en la mano y entra con el ceño fruncido, veo fijamente hacia una planta en una pequeña maceta que está en la esquina de mi oficina, David observa hacia donde yo estoy viendo.

—¿Qué hay de malo con esa planta? —pregunta, a tono de sarcasmo.

—Necesito una esposa, David —ahora voltea a verme, pero yo no quito la mirada de la planta.

—Oliver, pero esa planta no es una buena opción, aunque se mire bien sexi en esa maceta blanca —ríe, de inmediato lo miro a los ojos con toda la seriedad posible y todo rastro de risa se borra de su rostro—. Bien —dice, finalmente, serio sentándose en el sillón de enfrente—, es por tu padre, ¿cierto? Te dije que no te dejaría en paz.

—Cree que soy gay.

Eso hace a David estallar en carcajadas.

—Y cree que tú eres mi pareja —David me mira indignado y ahora sus labios son solo una raya recta.

—¿Qué? —sus ojos *hazel* destellan un brillo de enojo que reconozco—. ¿Cómo puede siquiera pensar que yo soy gay? Yo soy un hombre muy macho, además, salía con su nuera.

—Pero él nunca supo eso, David. Y no creo que Henry le diga que su esposa salía contigo —comienzo a acariciar mi mentón con mi codo puesto sobre el brazo de la silla giratoria.

—¿Y qué diablos tienes en mente? Tal vez deberías buscar una chica y casarte en serio —no puedo evitar reír.

—Por Dios. ¿Yo casado? ¿Es en serio, David? Además, la necesito para mañana.

—¿Mañana? ¿Qué pasa contigo Oliver?

—Me molesté.

—Bueno, yo tengo algunas amigas actrices, creo que no tenemos de otra.

—Lo sé, pero esto no es algo que le puedo confiar a cualquiera que lo pueda vender a los medios por unos cuantos dólares. Necesito alguien en quien confiar. No conozco ninguna mujer que me pueda ayudar con esto.

—¿Qué tal tu secretaria? —pregunta, mirándome con intriga.

—¿Alexandra? No lo creo.

—Te llevó a tu casa el otro día y no te tomó una foto para sobornarte luego, ni para vendérsela a los medios —me quedo distraído pensando que Alex podría ser buena opción—. ¿Recuerdas aquel día que salí con aquella chica? Me emborraché y me sobornó por tres meses con ese maldito video mío bailando en aquella tanga roja.

Río a carcajadas. Aún recuerdo eso, la tipa me envió el video esperando que yo despidiera a David porque él no le dio diez mil dólares por el video.

—Piénsalo, Alex es la única opción, además, no vamos a negar que está guapa —sigo pensando en Alex... Ella puede ser mi salvación—. Y te odia, lo que hace las cosas más fáciles —añade David con entusiasmo lo que llama mi atención.

—¿Por qué dices que me odia?

—Porque todas tus secretarias te odian, Oliver. Seamos sinceros —no puedo evitar reír, amo ser odiado.

—Dile que venga, por favor —digo, abriendo mi *laptop* para comenzar a teclear.

—Bien, cualquier cosa me llamas —asiento con mi cabeza. Me pongo de pie y me quito el saco gris reposándolo sobre la parte trasera de mi silla giratoria dejando mi chaleco del mismo color muy bien ajustado a mi torso al descubierto, me siento nuevamente y acomodo mi corbata gris con tonalidades marrones, mientras pienso de qué forma le pediré esto a mi secretaria, diablos.

Comienzo a consultar en Google «¿Cómo decirle a mi secretaria que se case conmigo?» y lo único que me aparece son videos de romanticismos que golpean mi vista. ¿Cómo hay hombres capaces de hacer todas estas cosas por una mujer? Osos de peluche, pétalos de rosas, niego con mi cabeza.

Golpean la puerta, estoy seguro de que es ella, «adelante» —hablo, mientras continúo consultando en Google cosas sobre propuestas de matrimonios.

Ella entra, acomodando su saco negro, con una libreta en las manos, su pantalón blanco contornea sus piernas a la perfección, al entrar por esa puerta el dulce aroma de su fragancia invade mi oficina.

—El señor Schmitt me dijo que quería verme.

—Así es, por favor, toma asiento —ella se dirige al sillón frente a mi escritorio y deja caer su libreta de apuntes; se inclina sin percatarse de que me está ofreciendo una gran vista, luego sus lentes caen de su bolsillo y suspira, sé que está maldiciendo miles de veces en sus adentros.

Se sienta, finalmente, y acomoda su cabello detrás de sus orejas mientras se cruza de piernas.

—Recuerdo lo del día del bar, gracias por llevarme a casa, pero sabes, nunca he dejado que nadie conduzca mi Porsche —digo sin titubear, regreso la mirada a mi computadora y comienzo a borrar lo que había tecleado.

—Ah, bueno —su voz comienza prácticamente a tiritar—, no había ningún taxi cerca y no podía llevarlo en brazos a buscar uno —la observo, si es que puede decir miles de palabras en segundos—. ¿Es esa la razón por la que va a despedirme? —¿despedirla? ¿Qué?—. Solo hice algo que cualquier persona haría que mirara a otro en ese estado, de no ser así, usted tal vez estaría en las noticias en estos momentos; eso no es un argumento válido para despedirme, siempre hay que ayudar al prójimo —demasiadas palabras para mí.

—¡Alexandra! —exclamo, al ver que no se detiene.

—O... ¿Qué tal si lo hubiesen violado unos vagabundos? —me mira con sorpresa. ¿Qué ha dicho? Frunzo mi entrecejo y me acomodo mejor para verla frente a frente, no sé si reír o molestarme en estos casos.

—Entonces... ¿Crees que debo agradecerte? —enarco una ceja—. Y no te voy a despedir. ¿De dónde sacas eso?

—Es el trauma de redactar tantas cartas de despedido —habla, lleva su mirada a la planta en mi oficina, voy a admitir que me acaba de sacar una sonrisa.

—Solo necesito hablar algo serio contigo —continúo—. ¿Puedo confiar en ti? ¿Cierto?

Sé que por su mente comienzan a pasar miles de cosas por la forma desconcertada que me mira, me gustaría preguntarle, pero no tengo tiempo.

—¿Alex? —pregunto, al no tener ninguna respuesta por su parte.

—Lo siento —dice, aclarando su garganta—. Dígame, señor Anderson. ¿En qué le puedo ayudar?

—Sinceramente, eres una de las pocas personas en quien confiaría algo —comienzo a teclear en mi computador cualquier cosa para sonar natural, aunque no tengo ni puta idea de cómo le preguntaré esto.

La miro a los ojos, y ella también, esa mirada me gusta, lo que es peor; hay un silencio incómodo. Quizás esta es la primera y última vez que le pregunte esto a alguien.

—¿Serías mi esposa?



Capítulo 5

Me mira atónita, sé que no puede creerlo, bueno, ni yo puedo hacerlo. ¿Quién creería que yo mencionaría esas palabras alguna vez en mi vida?

—¿Por qué la pregunta? —interroga, finalmente—. ¿Se refiere a que cómo sería como esposo? —creo que no me he explicado bien.

—No, quiero que te cases conmigo —apoyo mis codos sobre mi escritorio de vidrio y entrelazo mis dedos, la miro fijamente.

Alex suelta una carcajada. ¡Dios! ¿Por qué esta mujer es tan difícil?

—Y así nada más... ¿Sin un café? ¿Sin una cena romántica? ¿Sin la música del *Titanic* de fondo? —¿qué? Continúa riendo y se relaja sobre el espaldar del sillón, lleva a sus piernas su libreta y comienza a escribir no sé qué en ella—. Buena broma, señor Anderson —habla, ya me estoy comenzando a desesperar.

—¡No es una broma! —exclamo, con mi expresión más seria posible, ahora sí estoy molesto, la veo con intensidad, aún no voy a salirme de mis casillas. Oliver, relájate —escucha, le dije a mi padre que me había casado.

—¿Y eso no es cierto? —¡Sí! pero fíjate que quiero otra.

—¡Por supuesto que no! —río—. ¿Yo? ¿Casado? En fin, ese es el punto, necesito una esposa. No se me ocurrió nada mejor que eso, todo el tiempo está hablando de mi hermano y que contrajo matrimonio el año pasado y bla, bla, bla. Mañana estará con mi madre y mi hermano en la ciudad y quiere que cenemos todos juntos —bueno, más bien, yo lo invité sin pensar, pero eso no se lo diré— y tú serías la esposa perfecta.

O eso espero.

—Bien, quiero aclarar esto de una vez, señor Anderson —aclara su garganta y ahora sí me mira—. ¿Me está pidiendo pretender ser su esposa para cenar con su familia? —creo que sigo sin explicarme bien.

—No exactamente —me levanto de mi lugar y rodeo mi escritorio poco a poco antes de que estalle contra ella y diga que no—, te estoy pidiendo que te cases conmigo, ya que mi padre no creyó mucho que me casé y quiere ver el acta matrimonial.

Nunca había tenido tanta paciencia. Me paro frente a ella, me mira desconcertada, acerco mi rostro al suyo llevando mis manos a ambos brazos del sillón donde ella está sentada, huele tan bien, y esos ojos, por Dios, ¿qué tienen que me atraen tanto?

—Alexandra, solo es para la cena con mis padres, luego nuestras vidas continúan. Duplicaré tu salario —tal vez así sí acepte.

Y me mira de nuevo, sin palabras, bueno, yo estaría igual si tuviera una jefa que me pidiera casarse conmigo, aunque yo no me negaría.

—Yo no lo sé... Es que... —balbucea—. ¿Qué tal si ellos me ven en esta empresa algún día?

—Eso no es problema, mis padres trabajaron juntos en esa empresa, mi hermano trabaja junto a su esposa en la imprenta, tú trabajas aquí conmigo —me separo de ella, estar muy cerca me causa una sensación extraña, camino hacia mi silla con mis manos en los bolsillos de mi pantalón gris—; es perfecto —giro hacia ella y de inmediato aparta la mirada hacia otro lugar.

—¿Pero por qué no la pelirroja? ¿O cualquier otra chica de acá? —habla luego de unos segundos.

Odio las preguntas. Pero bueno, tiene razón en hacerlas, esto no es algo que te pregunten a diario. Me siento en mi bella silla giratoria y la miro.

—¿Quién? ¿Andi? —río nuevamente, es la cosa más tonta que he escuchado—. Mi madre odiaría a Andi con solo verla y no puedo arriesgarme a pedirle esto a cualquiera porque pueden vender la noticia a los medios. Además, conozco a mi madre y tú le agradarías.

—No lo sé...

¿Qué diablos significa *no lo sé*?

—Está bien, triplicaré tu salario —interrumpo, esto se me está haciendo más difícil de lo que pensaba.

—¿Por cuánto tiempo estaríamos casados?

Buena pregunta.

—Seis meses mínimo, luego diré que nos separaremos por agendas apretadas o algo más, no lo sé, pero ya se me ocurrirá algo sin que alguno de los dos salga perjudicado.

—¿Y qué más debo saber? ¿Tendré que vivir con usted? ¿Qué más requisitos habría que cumplir como su esposa? —me mira, con esos enormes ojos verdes que me encantan, sonrío, sé que es lo que está pensando. ¡No! Por supuesto que no podría complicarme la vida con ella si tiene que ser mi esposa por los siguientes seis meses.

—Solo la cena con mis padres, luego cada quien continúa con su vida normal hasta que se cumpla el tiempo. Míralo así como un negocio ganar-ganar. Yo me quedo con la presidencia y tú con un trabajo bien pagado.

—Y... ¿continuaré trabajando aquí cuando nos divorciemos?

—Por supuesto, no veo ningún problema, es más, sería como un acto «maduro», trabajar juntos sin estar involucrados —apoyo mis codos sobre mi escritorio.

—¿Qué pasa si no acepto?

Mierda, ya cuando creí que lo había logrado sale con esto, pues, es obvio que tendría que matarla porque ya sabe el secreto, no literalmente, pero se lo debería decir para que acepte.

—Está bien, lo haré —dice, genial, no tuve que decir nada amenazante. Mi rostro se ilumina, siento un enorme alivio recorrer mi cuerpo, siento un enorme peso quitarse de encima de mis hombros, estoy a punto de reír de emoción, pero no lo haré, no enfrente de ella.

—¡Genial! Pero nadie de acá puede darse cuenta. ¿De acuerdo? —me pongo de pie, necesito un abogado.

—Como si me diera tiempo para tener amigos en este lugar —resopla, la miro con mis cejas arqueadas, mejor no digo nada, saco mi tarjeta y se la entrego.

—Toma, cómprate algo para la cena de mis padres.

Luego me arreglo con mi banco.

—Oh, no, no puedo...

—Regresaré en unas cuantas horas, hablaré con mi abogado —interrumpo, no puedo quedarme a esperar qué más tiene que decir, o a esperar que se arrepienta, tomo mi saco y lo pongo de vuelta en mi antebrazo.

Salgo de la oficina lo más rápido que puedo, llamo a David, él es el único que puede ayudarme con esto.

—David, sal de la oficina, te espero en el parqueo, necesito un abogado y que me ayudes con unos anillos de matrimonio.

—¿Dijo que sí? —escucho de la otra línea.

—Sí, apresúrate antes de que se arrepienta.

Dos minutos después David sale corriendo de la empresa hablando por teléfono, ya estoy dentro de mi auto esperándole, se sube mientras cuelga y guarda su celular.

—Lo del abogado está listo, acepta casarte hoy y cambiar la fecha por unos dólares demás, le dije que tenía que ser con la fecha de hace 7 semanas. ¿Está bien?

—Perfecto —digo, mientras pongo el auto en marcha—, le hablaste que tendrá que firmar unos papeles para mantener la boca cerrada. ¿Cierto?

—Así es, hermano. Y conozco una joyería donde una amiga es la dueña, ella nos puede ayudar con los anillos.

—¿Amiga? —sonrío. Por supuesto que amiga.

Capítulo 6

Llegamos al lugar, bastante fino, la chica rubia «amiga» de David me ayuda con unos anillos, se supone que son los más caros, yo no sé mucho de anillos para chicas, así que acepto sus propuestas.

Aproximadamente a las 3 de la tarde llamo a Alex para decirle el lugar donde se supone que nos vamos a casar, de haber tenido más tiempo, al menos me hubiese cambiado, pero ¿ya qué?, me divorciaré en 6 meses y esto será solo un mal recuerdo.

Alex entra por aquella puerta, mientras David y yo estamos sentados en una pequeña banca en el despacho del abogado, mis manos están sudando y sé que ella se siente igual, le doy el anillo de compromiso mientras nos acercamos al señor de cierta edad avanzada que por suerte está hablando por teléfono y no se percató de que Alex apenas se está poniendo el anillo de compromiso con un enorme diamante en el centro que mira asombrada. Cuando, finalmente, deja de hablar por teléfono, nos mira.

—Amo las historias de amor, de jóvenes personas que se casan sin pensarlo mucho —exclama efusivo. ¿Qué? ¿Historia de amor?

Comienza a buscar unos papeles, cuando escucho una risa provenir de Alex, de inmediato me giro hacia ella con intriga. ¿Qué es lo gracioso de todo esto?

—Lo siento —aclara su garganta—, es la emoción —el abogado sonrío, frunzo mi entrecejo observándola mientras se ubica a mi lado donde el abogado le indica.

Luego del sermón, comienzo a firmar los papeles justo después de Alex, intercambiamos los anillos de matrimonio, me parece que la amiga de David dijo que eran de 18 quilates, no lo sé y no me importa, al menos el oro blanco se me mira bien, para el tiempo que lo usaré está bien.

—Puede besar a la novia —exclama el abogado, frunzo mi entrecejo y quito mi mirada del anillo para ponerla en ella.

Bien, se supone que los novios se besan, además, un beso no significa nada. Alex se voltea hacia mí y me mira, como buscando una explicación o que me niegue, no tengo de otra, beso sus labios suaves y el abogado comienza a aplaudir.

Este señor me saca de quicio.

Salimos de ahí, aún sin creer lo que acabo de hacer por culpa de mi padre, tengo trabajo que hacer, me dirijo a la empresa luego de decirle a Alex que como regalo de matrimonio puede faltar mañana al trabajo, ella sonrió, dejando sus dientes perfectos al descubierto, tiene una bonita sonrisa debo admitir.

Al día siguiente, sigo con mi trabajo como siempre, aún no puedo creer que me haya casado y ni siquiera disfruté de mi noche de bodas como las personas normalmente lo hacen. Recibo llamadas de mi banco una y otra vez, al menos Alex está cumpliendo con su parte y se está preparando para la cena y... comprando ropa interior, ropa interior que yo no podré ver; la asistente de David está haciendo el trabajo de Alex, ya me tiene con dolor de cabeza, no me gusta repetir nada dos veces, al menos Alex ya sabe eso, me retiro temprano, tengo que prepararme.

—Oliver. ¿Y a qué se debe que regrese temprano? —Rosa está aspirando los sofás de mi sala y me mira con intriga.

—Me casé y tengo que ir a una cena con mis padres —ella frunce el ceño y deja de aspirar—. Me casé con Alexandra, mi secretaria.

—¿Qué? —ella lleva sus manos a su cintura y me mira aún con más incertidumbre en su rostro—. ¿La chica bonita de los ojos verdes?

Me quedo analizando lo de «la chica bonita de ojos verdes», si digo que sí, Rosa pasará molestándome con eso todo el día, así que mejor ignoro esa pregunta.

—Mi padre amenazó con quitarme la presidencia por no casarme. Así que la única opción era Alex.

—O sea, ¿solo le dijo que si se casaba con usted para mantener la presidencia? ¿Así por así? —se cruza de brazos y yo asiento con mi cabeza.

—¿No es perfecto? Cuando me divorcie hasta a ti te llevaré a celebrar con unas cervezas —guiño un ojo mientras camino en dirección a las escaleras.

Rosa estalla en carcajadas, pero no puedo quedarme a acompañarla, tengo que alistarme, subo a mi cuarto y me doy una relajante ducha.

Me visto y me peino perfectamente como es de costumbre, pongo mi reloj en mi muñeca, espero que Alex esté lista porque yo odio esperar, bajo las escaleras acomodando mi saco negro, solo se escucha el sonido de mis zapatillas, lo que significa que Rosa ya se fue a su casa. Alex me hace llegar su dirección en un mensaje de texto.

Conduzco y conduzco, no vivimos tan cerca, llego al lugar y es un edificio de varios departamentos, yo no pudiera vivir aquí ni en sueños, muchas personas, mucho ruido. Entro y diviso el ascensor, llego hasta el piso 12 y observo los números en las puertas de los apartamentos hasta que llego al que dice en el mensaje.

Golpeo la puerta y una joven que supongo de la misma edad de Alex, pero trigueña y cabello rizado abre la puerta. No tuve necesidad de preguntar.

—¡Hola! Supongo que eres Oliver Anderson, soy Natalie, mejor amiga, compañera de cuarto, compañera de tragos, maquillista, sexóloga...

¿Qué? Lo último suena interesante.

—¡Natalie! —escucho la voz de Alex.

—De Alex —continúa.

—Bueno, es un placer Natalie, mejor amiga, compañera de cuarto, compañera de tragos...

—¡Ya! —vuelve a mencionar Alex, me causa gracia, pero no voy a reír. La chica castaña voltea a ver en su dirección y yo miro por sobre su cabeza.

¡No lo puedo creer!



Capítulo 7

Estuve a punto de dejar caer mi quijada al suelo, Alex se está acercando. ¡Por Dios! ¿Esa... Esa es Alex? La miro de pies a cabeza, si ya anteriormente creía que es atractiva creo que ahora no me queda la menor duda, lleva su cabello rubio bien peinado suelto hacia un lado, su maquillaje hace su mirada más desafiante y el verde de sus ojos resaltar aún más. No había visto tan bien su cuerpo antes porque no acostumbra usar ropa tan sexi, pero con este vestido negro que se ajusta a la perfección a su cuerpo como reloj de arena me hace fantasear cosas que no debería, creo que voy a babear, tiene muy buenos pechos, ¿qué no haría yo con esos pechos? ¡Dios! ¿Esta es mi esposa y ni siquiera puedo tocarla?

—¿Nos vamos? —pregunta, tengo que volver en sí y no mirar esa parte. ¡Por Dios!

—Claro —aclaro mi garganta, no puedo sonar que me ha dejado sin habla. Abraza a su amiga, mientras me giro a caminar por el pasillo.

Tomamos el ascensor, si algo odio de los ascensores públicos es cómo se me quedan viendo. ¿Por qué diablos se me quedan viendo? Ya me estoy estresando, mucho más con ese aroma que Alex desprende. ¿Por qué no la conocí antes y en otras situaciones?

—No sabes cómo odio los ascensores públicos —digo, mientras abro la puerta del edificio para que Alex pase y sonrío pasando el umbral y cierro la puerta a mis espaldas. Abro la puerta del copiloto de mi auto para que ella entre, sin mediar palabra llegamos al lugar donde mi padre me había dicho que cenaríamos, pero ¿qué podría decirle? Ni siquiera puedo articular palabras coherentes en estos momentos.

Llegamos al restaurante, uno francés muy lujoso. Parqueo el auto, abro la puerta de su lado, ella sale y camino tras ella, me pierdo en ese cuerpo.

¡Maldita sea! Antes de entrar al lugar le extiendo mi mano y ella la toma, sus suaves manos ligeramente frías que sé que está nerviosa, bueno, igual yo lo estoy.

—Bien. ¿Qué debemos hacer y qué no? —cuestiona, su pregunta llama mi atención.

—Bueno, primero, comienza con tutearme —digo, entrando al lugar.

—Señor Anderson, por aquí, por favor —menciona un camarero interrumpiéndonos, asiento y me encamino tras él con Alex tomada de mi mano.

Logro divisar a mis padres y a mi hermano al lado de su esposa, mi madre muy sonriente ni siquiera espera que lleguemos y sale a abrazar a Alex dejándola casi sin respiración, sus ojos azul oscuro muy idénticos a los míos brillan con gran intensidad.

—Mamá, ¡basta! La vas a dejar sin respiración —exclamo, mientras ella continúa sonriendo, sé que le ha agradado. ¿Y a quién no? Alex tiene una cara escalofriantemente angelical y hoy se ve estupenda, hasta deseara que fuera mi esposa de verdad para luego ir a quitar ese...

Oliver. ¡Joder! Cálmate.

Alex le sonrío a mi madre, ambas se presentan mencionando sus nombres, no puedo evitar notar cómo muchos hombres a nuestro alrededor se le quedan viendo, incluso los camareros, hasta a Henry se le va la mirada, no puedo evitar sentirme molesto, se supone que es mi esposa.

Mi madre se encamina de regreso a la mesa con Alex tomada de su mano. Todo esto sucede bajo la atenta mirada de mi padre y mi hermano.

—Papá, ella es mi esposa; Alexandra, ellos son mi padre, mi hermano y su esposa Brittany. Y bueno, ya conociste a mi madre —saco una silla para ella y toma lugar ubicándome yo al lado de ella.

Mi hermano la recorre con la mirada disimuladamente con sus ojos castaños idénticos a los de mi padre, yo lo puedo notar, soy hombre, y no lo culpo, si Alex está hecha un bombón hoy, saco ese pensamiento rápido de mi cabeza, no puedo tener nada con ella. Tanto mi padre como Henry estrechan su mano para saludarla, mientras que Brittany, mi supuesta cuñada, con sus ojos también castaños debajo de unos enormes lentes escudriña a Alex de pies a cabeza con descontento, lleva un mechón de su pelo negro y corto mal cuidado detrás de su oreja mientras murmura a Henry: «Oh, es rubia, esto será divertido». Espero que Alex no haya leído eso en sus labios.

Mi madre no puede dejar de ver a Alex, bueno, ni yo, si no es porque tengo que disimular.

—¡Lo siento! —exclama mi madre, finalmente—. Es que aún no me lo creo, mi bebé casado con una hermosa mujer —¿bebé? ¡Oh, por Dios! Por estos motivos es que nunca llevaría a alguien a conocer a mis padres. Mi madre extiende su mano hacia Alex y ella la toma con aprecio.

—Bueno, mamá, siempre preferimos mantener lo nuestro en secreto, es mejor de esa forma, y bueno, un día desperté y dije que me quería casar con esta bella mujer, nunca había sentido algo así por alguien —las estupideces que tengo que decir por mi padre, por suerte Alex es bastante inteligente y capta rápido, no tuve que hacerle miradas extrañas para que siga la corriente.

—Usé mi anillo de compromiso por solo unas horas, él es todo un tierno, arregló su oficina con flores y un letrero «¿TE CASARÍAS CONMIGO?» y me hizo llegar hasta su oficina. Obvio que dije que sí, y le pregunté cuándo, y él me dijo, ¿qué tal hoy? Y nos casamos el mismo día, la verdad no me arrepiento de nada, desde que me casé con él han sido los mejores días de mi vida —ella me mira y sonrío, siento la necesidad de darle un tierno beso en los labios, no sé, fue impulso. Mi madre con casi lágrimas en los ojos nos mira.

Mi madre me matará si se da cuenta de que esto es una vil mentira.

—Ohh, Oliver —exclama mi madre; sí, mi padre también se llama Oliver—. ¿Recuerdas cuando nosotros también nos casamos en secreto, pero cuando mi madre se dio cuenta nos hizo hacer una boda eclesíástica donde se suponía que solo iban a estar nuestras familias y al final invitó como a 300 personas? Pero bueno —continúa—, a ustedes no les haré eso, lo único que me importa es que mis dos hijos estén felices con las mujeres que aman. Bienvenida a la familia —se dirige a Alex, extendiéndole su mano, la cual toma con ternura y le sonrío. Al menos ha hecho más que bien su parte, este puesto le queda mejor.

En eso el hombre francés encargado de este lugar, de unos 40 años, muy alto y delgado se nos acerca.

—Les ofrecemos la especialidad de la casa, *le fabuleux* «Coq au vin» ou «Cassoulet» —apenas y habla nuestro idioma, bueno al menos entiendo, sé qué es el *Cassoulet* y no me gusta mucho, yo no soy mucho de idiomas, siempre que lo requiero acudo a un traductor, entiendo francés, pero no lo hablo, antes de decir «yo querer agua» mejor busco a un profesional, en ese momento Alex con un excelente francés habla con el señor.

—*Le coq au vin c'est bon* —la observo, con mi entrecejo fruncido, pero de inmediato llevo mi mirada en otra dirección porque se supone que es mi esposa y que sé todo de ella, pero ¿cómo es que no me ha dicho que habla otro idioma o ni siquiera lo ha puesto en su hoja de vida? Observo cómo el francés la mira con una expresión de alivio en su rostro.

—*Ohhh vous belle dame parlez français* —genial, mi esposa habla francés a la perfección, mi madre ahora me lo restregará en la cara. Principalmente, porque ella es francesa y siempre me dijo la importancia de hablar el idioma.

—*Oui, pour le monsieur et pour moi, s'il vous plaît, coq au vin* —no sé qué es peor, que hable francés y yo no me dé cuenta, o que esté ordenando por mí.

—*Merveilleux* —habla el francés, todos la están viendo. Mi madre con una sonrisa y el resto (incluyéndome) con cara de asombro. Mejor miro el menú y sigo ajeno a esta conversación.

—Oh, por Dios. ¿También eres francesa? —cuestiona mi madre, Alex niega con su cabeza y lleva una copa de vino a su boca.

—Solo lo aprendí hace unos años y estuve un semestre en una universidad de intercambio en París.

—Bueno, yo nací en París. Pero vivo en este país desde que tenía unos cinco años. Es que tu acento es excelente, creí que eras nativa.

—Bueno, hoy en día la mayoría de las personas saben francés, no entiendo cuál es la sorpresa —habla Brittany, como siempre, queriendo sobresalir tratando de hundir a los demás.

—También sé alemán y hace un tiempo me volvía loca por el anime, entonces estudié japonés —se me olvidaba que Alex sabe defenderse y ahí me percató, dijo ¿japonés?

—¿Japonés? —interrogo de inmediato.

—¿Alemán? —habla mi padre—. Y comienza a mencionar una serie de palabras en alemán, Alex sonrío y le contesta de inmediato con un excelente acento, o creo que es un excelente acento porque mi padre sonrío ampliamente, yo no sé ni mierda de alemán.

—Ohhh, ya tengo con quien practicar mi alemán —dice, entusiasta—. ¿Viviste en Alemania? ¿Estudiaste en Alemania?

—Mi padre es alemán —le contesta Alex a mi padre, maldita sea, yo no sé ni mierda de ella.

—Me encantaría conocer a tu familia, Alexandra —oh, por Dios. ¡No!

—A mí también —habla mi madre—. ¿Cuándo sería?

Nunca.

—Algún día, madre —menciono, tomando la mano de Alex, algún día muy, muy, muyyyy lejano.

—Y espero que muy pronto —habla mi padre—, debo admitir Oliver que has hecho una buena elección, te casaste con una mujer exactamente igual a tu madre, bella y muy inteligente —mira a mi madre, le da un tierno beso en los labios mientras se sonríen. Esas imágenes tan sentimentales me trauman.

—Claro, padre, no pude haber hecho una mejor elección —tomo suavemente la barbilla de Alex y le doy un beso en los labios.

¿Existen las mujeres inteligentes y bonitas? Sí, y son la perdición de todo hombre. Mejor me mantengo alejado.

Comemos de la forma más normal posible ya sin sorpresas de ningún tipo, mi padre comienza a contar todas sus historias y andanzas en Alemania y que trabajaba en un periódico local durante esa época y no sé qué más, casi no presto atención; todos ya hemos escuchado esa historia una y otra vez, pero Alex no, por eso vuelve a contarla y ella lo mira intrigada con cada palabra que articula, y pasan sin darme cuenta tres horas. No ha sido tan malo, me ha agradado Alex como a todos, excepto a Brittany, quien solo la ve de reojo, por supuesto que no ha sido divertida de la forma que ella quería, pero sí ha impresionado bastante a mis padres, algo que Brittany nunca logró.

Nos despedimos de ellos, ya aquí se termina esto y vuelvo a mi vida normal.

